

CAMPAÑA ELECTORAL 22-A ANTIGUOS MILITANTES COMUNISTAS PASAN AL PSOE

Madrid **L**A luz de la verdad les golpeó en la frente a la altura del 307 de Bravo Murillo. A algunos de ellos como a *Saulo* cuando cabalgaban en su coche oficial. Una voz en off retumbó en sus mentes que aún albergaban recuerdos comunistas. En la intelectual de *Cesar Alonso de los Ríos*, en la de *José Luis Martín Palacín*, preocupada por la próxima operación retorno, en la feminista de *Pilar Brabo*, en la cabeza llena de planos de *Eduardo Mangada* e incluso en la torturada imaginación de *José María Mohedano*. «¿Por qué me persigues? Debes avanzar por buen camino...»

Trescientos militantes del PSOE y un par de ministros les recibieron con los brazos abiertos en el salón Ducal de un restaurante especializado en bodas, banquetes y bautizos y situado milagrosamente en el 307 de Bravo Murillo. Fue entonces cuando maravillados, mientras alguien hablaba de matar un cordero, se reconocieron unos a otros y humildemente supieron, en el fondo de sus corazones, que era *Felipe González* quien les llamaba prometiendo recompensas, más o menos espirituales, a todos aquellos que cejan en su error y siguen su mensaje

Lo ratificó por todos ellos *Eduardo Mangada* afirmando: «Yo no he caído. Me han levantando.» En conjunto, los cinco conversos aseguraban que todo había ocurrido por su propia voluntad y con reminiscencias aún de sus antiguas y erróneas ideas, equivocando el mensaje y explicando: «Hace falta.»

Grandes arañas de cristal iluminaban el salón Ducal reflejando el goce de aquellos buenos alcaldes, concejales, cargos



De izquierda a derecha, César A. de los Ríos, Mangada, Pilar Brabo, Palacín y Mohedano.

ROSA CAMPOS/D16

La cena de los conversos

Aurora Moya

públicos de la región, sus señoras y algunas de sus secretarías aplaudiendo en torno a sus mesas esperando la cena a la que habían contribuido con un óbolo de 2.000 pesetas

Los neófitos humildemente intentaron mezclarse entre sus nuevos compañeros en vez de subir a la enorme mesa de presidencia. Sonriente y bondadoso, el presidente de la Federación Socialista de Madrid, *José Acosta*, como patriarca de más

rango, les llevó de la mano hacia el lugar de honor, uno a uno. Emocionado, el presidente de la Comunidad Autónoma de Madrid, *Joaquín Leguina*, expresaba a los periodistas testigos de la felicidad del momento: «Se alegra más el pastor cuando vuelve la oveja descarriada que por las otras 100 seguras en el aprisco.» Alguien aplaudió aquella cita matizando que los cinco homenajeados se descarriaron en 1921.

Muy serios, extremadamente serios, con expresión de seriedad absoluta, los nuevos socialistas empezaron a comer. Al final no se había matado el cordero y el banquete no fue excesivamente bueno. En realidad fue muy malo. El padre del hijo pródigo probablemente jamás hubiera agasajado a su ingrato retoño con aquellos calamares rígidos ni con un vino tan infame. Alguno de los ilustres ex comunistas confesaría

más tarde que la cena en sí le había desalentado e incluso hecho dudar del paso que estaba dando. Afortunadamente miró hacia atrás a tiempo y vio el enorme cartel con el lema electoral. Eso le reconfortó.

El ministro *Javier Solana* llegó allí tarde, perdiendo el aliento en su afán por respaldar a sus nuevos compañeros a los que manoseó convenientemente. Posiblemente para no molestar, pidió un poco de jamón y queso tras observar los denodados esfuerzos de *Mohedano* hurgando con el meñique en un molar para extraer sin fortuna una raspa momificada del pescado que le acababan de servir.

Habló *Acosta*. Expuso las cualidades de todos y cada uno de ellos. Dijo que compartía sus ideas y que eran como él. «Son como yo», explicó y los 300 militantes aplaudieron aliviados. Si ellos eran como él, todo era correcto y bueno y así debía ser.

Luego hablaron algunos de ellos agazapados detrás de un enorme ramo de rosas que obligó a *Pilar Brabo* a ponerse de puntillas para que la pudieran ver. Por ejemplo, *Mangada*, arquitecto al fin y al cabo, habló de construir España. *Solana* aseguró: «No quería perderme esta cena», mientras miraba de soslayo a *Mohedano* que seguía luchando con la raspa para poder hablar con soltura. Y también les puso muy bien, como gente excelente y encantadora.

Bueno, al final todos aplaudieron, se besaron unos a otros y se hicieron muchas fotos. Se fueron transformados, radiantes, y al salir del 307 de Bravo Murillo, en sus mentes continuaba presente la voz en off. El mensaje había cambiado: Era un ronroneo de satisfacción sobre el fondo musical del Buen Camino.